

## Prólogo

Alfonso Gumucio-Dagron<sup>1</sup>

---

1 Alfonso Gumucio Dagron es especialista en comunicación para el desarrollo, cineasta, y escritor boliviano, con experiencia de trabajo en África, Asia, Pacífico Sur, América Latina y El Caribe. Es autor de más de veinte libros, entre ellos *Cine, censura y exilio en América Latina* (1979), *El cine de los trabajadores* (1981), *Les cinémas d'Amérique Latine* (1981) en colaboración con Guy Hennebelle, *Historia del cine en Bolivia* (1982), *Luis Espinal y el cine* (1986), y *Cine comunitario en América Latina y el Caribe* (2012). Ejerció regularmente la crítica cinematográfica y ha publicado ensayos breves en *Cahiers du Cinema*, *Jump/Cut*, *Hablemos de Cine*, *CinemAction*, entre otras revistas especializadas. Ha dirigido una docena de películas documentales en América Latina, África y Asia. Entre 2006 y 2012 fue coordinador del Grupo Temático de Comunicación y Cambio Social en la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC).

La identidad es como la piel, no puede cambiarse. Cada quien lleva su identidad por el mundo, como una piel que filtra todas las impresiones nuevas, que procesa todos los contactos con nuevas realidades. Ni la sal de los océanos que los migrantes atraviesan, ni el polvo de las distancias que recorren en culturas primero desconocidas y luego apropiadas, despojan al ser humano de su identidad. La exposición al sol puede alterar en algo el color de la piel y el frío intenso puede resquebrajarla, pero siempre estará allí envolviendo todo lo que el cuerpo de la cultura y del conocimiento contiene. La identidad es la piel de la cultura, la contiene, la representa, la muestra y la articula. Es intransferible porque no es solamente un atributo innato como la piel, sino una construcción del conocimiento que es resultado de múltiples interacciones culturales procesadas a través del tamiz de las percepciones y los valores de cada individuo y colectividad.

Partir de ese concepto es importante para comprender la trascendencia del proyecto “Cine, Diversidad y Redes”, que convocó a investigadores universitarios de Argentina, Uruguay, Brasil y España para trabajar bajo el techo de un objetivo común: “conocer y analizar la recepción de productos cinematográficos gallegos a partir de determinadas variables como la lengua, los motivos o las modalidades expresivas, además de cuestiones tecnológicas que afectan a los nuevos modos de circulación y consumo de los bienes culturales”.

A partir de una iniciativa de la Universidad de Santiago de Compostela (USC), se aglutinaron grupos de trabajo de universidades de Argentina (la Universidad Nacional de Quilmes y el Instituto Universitario Nacional del Arte de Buenos Aires), Uruguay (Instituto Escuela Nacional de Bellas Artes de la Universidad de La República) y Brasil (Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul). Los países fueron seleccionados tomando en cuenta la existencia de comunidades emigrantes que mantienen activas prácticas identitarias que “constituyen universos de interés para el estudio de la recepción del cine contemporáneo hecho en Galicia”.

El atractivo del tema investigado crece al tratarse de una comunidad cuya cultura está a caballo sobre dos espacios geográficos y lingüísticos, el hispano y el lusitano. ¿Cómo interactúan esos espacios? ¿La lengua favorece o limita el diálogo cultural? ¿Qué potencial existe para ampliar los mercados del cine gallego en Latinoamérica y generar modelos de coproducción? ¿Cuál es la recepción de los productos culturales de Galicia en una región multicultural? ¿Qué papel juegan y pueden tener en el futuro las nuevas tecnologías y las llamadas redes sociales o redes digitales? Estas son algunas de las preguntas que intentan responder los autores.

Aunque no fue parte de esta investigación, México es un país que participa también del flujo cultural entre Galicia y América, como testimonia un

filme muy reciente, *Años después* (2011) de Laura Gárdos, nieta de Carlos Velo, el gran cineasta mexicano de origen gallego. En este largometraje de ficción se dibujan con precisión los vínculos de ida y vuelta que unen a Galicia con comunidades que se han instalado en América Latina debatiendo íntimamente las raíces de su memoria y de su identidad. Más aún, el filme es una parábola del reencuentro cultural pero también de la ruptura ideológica que se produjo a raíz de la guerra.

Como durante años fueron mostrando los estudios sobre industrias culturales que realizó nuestro querido amigo y colega Octavio Getino, fallecido en octubre del 2012, la distribución de cine latinoamericano en el propio continente ha enfrentado numerosas barreras que aún no se han podido salvar. No se trata de barreras culturales o lingüísticas, tanto como de orden comercial y económico. El cine latinoamericano se ve poco y mal en las grandes y pequeñas pantallas de la región, porque los grandes circuitos de distribución y de exhibición tienen grandes candados para los productos cinematográficos locales que no se ajusten a los requisitos de las distribuidoras multinacionales.

No es solamente el cine latinoamericano el que sufre de esa condición de exiliado en su propio territorio, sino también el cine europeo, que para beneficiarse de una distribución amplia en la región, tiene primero que haber recibido la aceptación en Estados Unidos, desde donde se controla la distribución cinematográfica en América Latina. Por eso es tan pertinente realizar un estudio sobre el comportamiento del mercado de cara a la distribución de un cine culturalmente específico como el gallego.

Si bien es cierto que las modalidades de consumo audiovisual han cambiado y que ahora es posible acceder a través de internet a una mayor variedad de productos culturales que la que ofrecen los canales de exhibición convencionales, no deja de ser cierto que desde el punto de vista del consumo colectivo de bienes culturales, el espacio audiovisual latinoamericano sigue dominado por producciones de Estados Unidos.

No olvidemos que el cine, independientemente de los formatos y tecnologías que se utilicen en su producción y difusión (celuloide, video o digital), se caracteriza desde su nacimiento por ser un arte de goce colectivo, de modo que mientras no se democratizen las pantallas de cine y de televisión y mientras no se democratice el espacio público de consumo, no será ni paliativo ni consuelo esgrimir cifras que muestren que el consumo individual de bienes culturales antes discriminados ha crecido gracias a internet.

Es difícil predecir si este estudio contribuirá a un mejor intercambio de los productos culturales gallegos con países latinoamericanos, pero sin duda ofrece una mirada que antes no existía sobre las redes culturales que desde

Galicia hacia las comunidades gallegas de América del Sur, y a través de diversas formas de comunicación y múltiples tecnologías, tejen lazos donde la identidad común se nutre de ida y vuelta con identidades locales nuevas y enriquecidas por la historia. La migración no es solamente un desplazamiento humano, sino un desafío cultural. Las culturas interactúan enriqueciéndose mutuamente, se acarician y se penetran generando nuevos contenidos y formas de expresión.

En cualquier caso, los objetivos de la investigación se han cumplido a cabalidad. Los capítulos de este libro ofrecen información sobre los mercados, los públicos, los modos de recepción y las nuevas tecnologías en relación al cine gallego en América Latina. Se ha podido abordar en profundidad el doble objeto de estudio que incluye por una parte los aspectos de la economía y de la industria del cine, y por otra los aspectos sociales y culturales. De ahí para adelante, lo que queda es ampliar la red, que es lo mismo que decir, ampliar la conversación de manera incluyente y propositiva.

Lo más interesante de este desafío de investigación me parece la mirada que pueden ofrecer desde el otro lado del “charco” los pesquisadores latinoamericanos cuando se interesan en un tema que no sería quizás el primero en su agenda si no fuera porque nace de una iniciativa gallega.

Y que España mire de nuevo hacia América Latina luego de mucho tiempo de olvido es bueno, pues no es como mirar el pasado sino el futuro.

México, enero 2013